

Luis Amador Sánchez

Ortega y Gasset y el nuevo misterio de Velázquez ⁽¹⁾

L astro de la pintura española nos ha parecido hasta hoy, un astro parado, revelando ya definitivamente en un momento de eternidad, todo el fondo y la forma de la obra expuesta a la observación y a la crítica. Un fallo definido y concluyente sobre la pintura de Velázquez, poco permite decir ya como revelación ni siquiera como esclarecimiento. Al gran pintor español, el más grande de la historia, se ha dicho, había pues que tratarlo como cosa imperecedera, pero profundamente conocida. Hablar o escribir sobre él, no era más que volver a un viejo capítulo de la historia de la pintura clásica o deleitarse en recordar los supremos valores de la cultura estética española. Mas, esto era detener el curso de un inmortal, aun suponiendo que su constante sol no lo marchitase jamás, evocando aquí la eternidad del verano de la inmortalidad a que alude un soneto de Shakespeare. No obstante, a Velázquez no se le podía dejar tan decisivamente glorificado y quieto. Esto hemos aprendido ahora y con inmensa satisfacción, porque no hay duda que lo inmortal no siempre es lo clásico, a veces creo que hay una diferencia de vida. Y Ve-

(1) Colaboración especial del autor para «Atenea». (Luis Amador Sánchez es catedrático de la Universidad de San Paulo (Brasil).

lázquez, como Cervantes, es un clásico que vive. Se le ha revivido ahora con nuevas sugerencias e interpretaciones. Ha vuelto a la actualidad. Como fecundamente actual se ha erguido la figura del autor del «Quijote», precisamente por su creación que desafía a los siglos. Con el pintor de «Las Meninas», no ha sido preciso el estímulo de un centenario. Ha sido suficiente que José Ortega y Gasset, el admirado filósofo de nuestros días, se aventurase a quebrar un silencio prolongado durante diez años, con una serie de cuatro conferencias que ha pronunciado últimamente, en la bella ciudad vasca de San Sebastián. Eligió Ortega y Gasset el otoño para romper su mutismo con este tema: «Introducción a Velázquez», dejándose llevar sin querer, en cuanto a la estación escogida, por el presagio que es intuición en los grandes hombres, a la vejez, Ortega es ya un filósofo otoñal. Pero se ha producido una curiosísima coincidencia que se ha deslizado en el tiempo, cual una secreta conspiración, para poner en relieve a Velázquez, en estos momentos. Ortega y Gasset ha recordado al pintor para servirle con su ingenio y su dialéctica, extrayendo de una nueva crítica de su obra, inéditas facetas deslumbrantes que sintetizamos así: el nuevo misterio de Velázquez. Y al propio tiempo, mientras el insigne autor de «La rebelión de las masas» reanudaba su inteligente actividad, dedicándose al tema velazqueño, se terminaba de imprimir un libro en Nueva York, que acaba de publicarse en el mes de noviembre pasado y que contiene una biografía de Velázquez, cuyo autor es el primer norteamericano que realiza esa labor. El libro es tan interesante y nace en tal coyuntura y con tales propósitos que, en efecto, no sólo hay coincidencia de tema, con las conferencias de Ortega y Gasset, sino que hay semejante aliento de original investigación. Arturo Stanley Riggs, que ha escrito la reciente biografía de Velázquez, publicada por los editores Bobbs-Merrill de Nueva York e Indianápolis, no se limita al detalle histórico ni a la documentación pictórica, como si diese una biografía más al público de lengua inglesa o al público norteamericano. Ahonda en

el medio de la época y rebusca el perfil humano del artista, que considera con su inmensa personalidad, también un gran misterio en «acción». Es posible que el pensador español Ortega, no sepa de la aparición del libro del ilustre biógrafo norteamericano, pero también es posible que sí lo conozca, porque Stanley Riggs, lo cita muy acertadamente en su meritorio estudio y Ortega habrá recibido la obra, como la he recibido yo. De cualquier modo, encuentro por demás interesante este paralelo espontáneo en el tiempo, entre dos personalidades de las letras, de España, una, de Norteamérica, otra, dos mentalidades distintas que abordan el asunto del magnífico artista, para encontrarse más o menos coincidentes, claro es, a través de unas conferencias y de un libro, en el mismo afán de desentrañar el misterio de Velázquez.

En atención a la prioridad, hablemos primero de Ortega y Gasset. Cuando la guerra civil de su patria, éste que fué uno de los padres espirituales de la República española, estimó ponderada y cautelosamente la conveniencia de substraerse al grave problema nacional, en una neutralidad precavida. Terminado el sangriento conflicto, vino a América, pasó rápidamente por el Brasil sin dejar el barco y se alojó en Buenos Aires. Pasó el tiempo y no resistió el exilio voluntario. Se acercó a los dominios del Caudillo, rondando por Portugal. Al fin se reintegró a España, atravesando la frontera quién sabe si murmurando la exclamación de César al pasar el Rubicón: «¡Alea jacta est!». Tranquilizado su espíritu, hacia 1944, nuestro gran Ortega, quiso remover las glorias pasadas del Ateneo de Madrid, tribuna entristecida de Azaña, de Unamuno y de tantos otros hombres selectos, y allí dió una primera conferencia, después del dramático interregno. Habló sobre el teatro. El Ateneo de Madrid, debió parecerle ya frío y sombrío como un panteón. Hoy, hay otras cosas en España que han substituído a aquel lugar de estudio y doctas polémicas. A nuevos tiempos, nuevos Ateneos. Sé que Ortega volvió a hablar en un banquete de alegres comen-

sales, no pudiendo precisar ahora si fué en Andalucía, discurso de que dió noticia la prensa y donde el filósofo entusiasmó al auditorio, refiriéndose a los toros, argumento muy español aunque poco filosófico. Silencio después. Una de las últimas noticias trascendentales acerca de Ortega, ha sido una agria declaración vertida en contra de Alfonso Reyes, el erudito mejicano, que ha airado a los intelectuales, entre ellos a uno de los discípulos más íntegros del pensador español: José Gaos. Al fin, como decíamos, al finalizar el pasado verano europeo, en el salón de actos del palacio municipal de San Sebastián, ha dado un cursillo sobre «Velázquez». La capital de Guipuzcoa, en esa época del año, atrae y sugestiona. El estío se suaviza con las brisas del mar, viste esa región sus mejores colores matizados delicadamente y es un regalo sensual para el cuerpo y el espíritu la luz, el aire y la calma señorial de esa inolvidable ciudad, hermosa, limpia y nueva. San Sebastián es la ciudad más linda de España. Anoto este dato, porque revela, incuestionablemente, el gusto estéticamente original y aristocrático que es una de las fuertes cualidades de Ortega y Gasset. El escenario de Madrid, es sin disputa el idóneo para un estudio y unas charlas acerca de Velázquez, por ejemplo, en una sala del Museo del Prado y en la vecindad del paisaje que inspiró a aquel artista. Pero reconozco que tratar de Velázquez en el ambiente de los rumores del Cantábrico, en San Sebastián, en un mes de septiembre español, es una seducción y un contraste para un virtuoso de la palabra, de mentalidad vigorosa. Poseo resúmenes dispersos de algunas de las disertaciones de Ortega y unos comentarios substanciosos, éstos principalmente del periodista José Camón Aznar. Pero con lo que dispongo me basta por ahora, porque también conozco ciertos antecedentes. Meses antes, una revista española había publicado un ensayo de Gasset, iniciando ya el tema de Velázquez. Estamos ante una nueva teoría, según parece, respecto a los cuadros y al pintor. Ortega es un hombre de contradicciones. No lo digo por desmerecerle con criterio partidario, en todo caso

sería para reafirmar su temperamento de español, incontrovertible. Ortega, en 1925, calificó a Velázquez de «maravilla arqueológica», simplemente de anacronismo, conceptos que Stanley Riggs recuerda ahora en su biografía, oportunamente, como lo más extraño que se podía aplicar al excelente Maestro de la pintura española. Pues bien, Ortega ahora rectifica. No solamente esa pintura no es un anacronismo, sino que es fuente viva de sugerencias, un caudal de rica agua que de pronto desborda de su cauce para refrescarnos la atmósfera y abonarnos el campo, invitándonos a descubrir la oculta profecía de Velázquez y la íntima rebeldía de Velázquez. El hombre que vivió en la corte de Felipe IV, que viajó a Italia, que se casó sin amores turbulentos, que no fué un cautivo de aventuras, aunque sí «prisionero del rey», que trabajó al parecer callada y metódicamente, logrando visiblemente la perfección, ese hombre fué un misterio, y en pos de ese misterio nos encontramos ahora. Si nada de extraordinario nos revela su vida, su obra sí revela lo asombroso de su existencia. Ortega ha rectificado. Velázquez es una actualidad. Y por este nuevo sendero, continuaremos estas apreciaciones, de la mano del filósofo español y del biógrafo norteamericano.

II

Lo que ha oído el público congregado en el salón municipal de San Sebastián, en el pasado otoño europeo, durante las conferencias de Ortega y Gasset, ha sido una nueva crítica de la obra del genial pintor Velázquez, cuya introducción o amplia síntesis estaba trazada en un trabajo del filósofo acerca de «La reviviscencia de los cuadros», aparecido unos cinco meses antes que las conferencias. Me parece interesante y explicativo, el comentario del escritor José Camón Aznar, sobre la nueva posición de Ortega frente al artista y que extraigo del diario «ABC» de Madrid, de 4 de marzo de 1947. Estamos, pues, con una in-

quietud de Ortega que data ya de hace un año. Resumo lo que ha glosado Camón Aznar. Ortega nos entrega «casi» el secreto de Velázquez, partiendo del significado de la pintura. La pintura es fuente incesante de labor interpretativa. ¿Qué obtiene Ortega de las pinceladas y de los matices, de las manchas de color y de los rasgos de luz? ¿Qué hay detrás de esa policromía sabia? Ortega hace surgir, primero, nada menos que un hombre. No una época ni una geografía, según la clave del positivismo francés, ni una estilística como predica Wolflin, ni una voluntad como persigue la escuela de Viena, sino un ejemplar humano, impregnado como una esponja de su tiempo, pero con aislada personalidad. Esto, claro es que permite un nuevo descubrimiento de Velázquez, cuya biografía personal carece evidentemente del caudal aventurero de un Goya, o anecdótico de un Miguel Ángel, o amoroso de un Rubens. La temática de sus cuadros, realistas casi todos, y el ejemplo de las varias interpretaciones, son un aliciente para buscar y descifrar el misterio. En la forma, en el aire y en la luz, en el color y en el gusto, hay «un combate sin pausa contra todo un siglo», dice Ortega. La disciplina, el «descanso», la ponderación y el equilibrio, no son otra cosa que el antifaz de un espíritu inquieto, enérgico y hasta sarcástico, es lo español de Velázquez. Otra de las exposiciones de Ortega, y reanudamos la explicación de Camón Aznar, es la relación entre el «oficio» y la «técnica», considerado el primero en sus dos dimensiones, la personal y la social. El motor íntimo que sostiene la vocación artística y la imposición del medio, la parte que es rebeldía en el artista y lo que es imposición de la mayoría. Un ejemplo, los fondos sin color que contradicen el realismo. ¿Es posible comprender al artista desalojando el tiempo de su época? Velázquez cortesano y silencioso, va más allá de su instante temporal, realiza su intención de superar a la Historia como momento que pasa, para lograr que su ironía crezca en el futuro, siendo por esto más sutil y extenso que lo fué con la pluma su

contemporáneo Quevedo, a quien retrató, como retrató a Góngora.

Otro comentario del publicista Aznar, más reciente, puesto que se refiere ya al cursillo de Ortega y Gasset sobre Velázquez, desarrollado en San Sebastián, no es menos aprovechable, en torno de estas nuevas especulaciones estéticas del autor de «España invertebrada» y animador de la «Revista de Occidente».

Parece que nuestros días son propicios a una revisión de los valores críticos de la pintura española. Velázquez, considerado como un artista sin complicaciones, ni «profundidad» filosófica, es un clarividente observador de espacios y figuras que posee un pincel de los más diestros del mundo. Pero toda esta simplicidad y «claridad» ofrece hoy un enigma. Quizás por esa trascendencia filosófica de que hemos creído carece Velázquez, nos hemos acostumbrado mejor a un Goya o a un Rembrandt, según nuestra mentalidad. Hoy, lo «terrible» espiritualmente, nos hace más afines y hermanos, parece que dialogamos más y mejor con aquellos artistas que con la fría perfección de un Velázquez. Hay una solemnidad en éste, que infunde respeto, pero que también no «funde» sensaciones. En Zurbarán o en Murillo, o en Valdés Leal, creemos nosotros, hay una mayor corriente de vida constante que en Velázquez, en el que parece congelarse la contemplación, pasado el momento admirativo. La maestría velazqueña paraliza los cuadros. Y aquí copiamos literalmente al comentarista Aznar, por la exactitud y acierto del pensamiento que desenvuelve: «No obstante, hay algo más substancial, más consciente e intencionado en esa tierra de nadie que Velázquez extiende delante de sus criaturas. Entre el pintor y el modelo se ha establecido un pacto de estética majestuosa y augusta. La atmósfera cubre la dignidad de los seres velazqueños, lo mismo al idiota que al rey. Velázquez concibe el modelo emanado de la atmósfera. Esto nos deja en los dedos un hilo del enigma de Velázquez. Ninguna realidad se nos aparece más transparente y sin reservas que en sus lienzos. Y, sin embargo,

ningún trozo de pintura ha sido compuesto con más refinados artificios, con una alteración más substancial de la visión directa. Un aspecto del misterio de Velázquez, quizá consista en esta capacidad de desintegrar los elementos naturales y reelaborarlos después con tan aparente inocencia que la ficción de realidad alucine la mirada». ¡A qué reflexiones nos invita Camón Aznar, con motivo de Velázquez, él que es un colaborador de la prensa dirigida del régimen del Caudillo! ¿Y si nosotros desde aquí, desde esta América, desentrañásemos la verdadera verdad de toda la actual literatura de los buenos intelectuales que moran en la España de Franco, comenzando por Ortega y Gasset y terminando con Gregorio Marañón, incluyendo entre ambos la nueva generación de escritores, con sus libros, artículos y conferencias?

Creo que nos sería bastante más fácil la tarea que la interpretación de los cuadros de Velázquez. Mas, volvamos a la pintura.

Un glosador más de las pláticas de Ortega, periodista joven y de talento, nos asegura que el filósofo ha presentado a Velázquez en su mundo y en la consecuencia histórica de su ambiente. Velázquez no es sólo un maestro de la pintura, sino un historiador inexorable de su época. Vida misteriosa, movida por Ortega y Gasset el impasible esteta, Velázquez se descubre ahora como un intenso rebelde contra todo lo que le rodeaba. Como una protesta viva. Lo cual era la profecía de la inmortalidad «porque los grandes hombres de cada tiempo—conclusión de Ortega, según Pérez Ferrero, periodista con Franco—no son el presente sino el futuro mismo».

Y Velázquez sigue teniendo toda la palabra, en el presente de hoy, respecto a su patria. El capítulo o la galería, por ejemplo, de los enanos, bufones y perturbados de la corte de Felipe IV, pintados por Velázquez en el pasado ¿proyectarán en ese futuro que es el presente, su misma actualidad implacable en la corte del nuevo reino de España, creado por disposición de Franco, el 26 de julio de 1947? Estos son los «discos voladores» que se nos

escapan y que prometió Ortega y Gasset lanzar en sus conferencias sobre Velázquez, pero que no se atrevió a lanzarlos en forma tan directa y «vertical».

III

Las cuatro conferencias de Ortega y Gasset sobre Velázquez, han sido una trama de sutilezas, con la amenidad de notas vibrantes que han constituido siempre la fascinación dialéctica de ese pensador. Por ejemplo, hablando del estilo, ha manifestado que es un sentido geométrico. Así, en Miguel Angel, tiende a las líneas horizontales, trayectoria de las cosas grandes y terribles. En otros pintores, como en Giordano, resalta la línea diagonal. La pintura ha evolucionado de ese modo, desde la dureza de Miguel Angel a la de triángulos superpuestos, que es la dulzura de Rafael. Para Ortega, pues, el estilo es antes que la pintura, porque cada artista tiene el suyo, que es su personalidad, que indefectiblemente, se refleja en los cuadros. Y, concretándose al estilo, ha halagado al sexo femenino diciendo que la mujer tiene su propio e inconfundible estilo y que no consiste precisamente en la elegancia, sino en «pasar sin pesar», en pasar con fluidez: el ser mujer. Bellas y conceptuosas fórmulas de pensamiento que hacen sin duda reflexionar, para comprobar su fondo de verosimilitud o de agudeza filosófica. Mas, aparte de esos toques de ingenio, de esas y otras reverberaciones del fulgor espiritual de Ortega, que nos probarían que su vitalidad mental no se ha marchitado todavía, aparte de esos destellos, lo que interesa es recoger la idea central de Ortega y Gasset, que en este caso, es la intención que ha palpitado en su nuevo estudio sobre Velázquez. Si pecamos de equivocación o de ilicitud en esta interpretación del conferenciante, no será por falta de meticoloso análisis, en lo que hemos leído sobre todo a través de comentarios nada sospechosos por su procedencia. El realismo de Velázquez es la verdad de Velázquez, fina y científicamente elaborada por su

genio, trasplantada por sus pinceles al lienzo, pero tras esa «verdad» artística que subyuga e infunde respeto, Velázquez dejó el legado de su misterio, que es el de la otra verdad, la de la vida y la miseria de su tiempo, la verdad de la farsa de su mundo, de su intolerancia y de sus vicios. He aquí por donde ha discurrido el nuevo método de Ortega que, aplicado a Velázquez, es casi un método cartesiano, porque hay que desechar todo lo que de in-conmovible se había aceptado, para revelar al pintor en una nueva actitud. Por esto Velázquez no pintó tanto para sus coetáneos como para la posteridad, y bajo la máscara de su realismo, «pasó sin pesar», pero varonilmente, por la corte de Felipe IV, para «pesar» ahora, a través de los siglos, con su ironía, con su sarcasmo y con su desprecio a un mundo falaz, enfermo y ridículo. Esta es la rebeldía escondida de Velázquez, la tragedia de Velázquez, que es en resumen ese nuevo misterio que ha querido desvendar Ortega. El conferenciante anunció en sus disertaciones que soltaría algunas pinceladas de «moral intención», algunos «discos voladores», como indicamos en otra parte. ¡Dónde están esos dardos «bien intencionados»? ¡Ah, Ortega es demasiado inteligente para no dejarse sorprender y demasiado perspicaz para saber lo que dice y cómo y cuándo lo dice! Nosotros hemos visto la «intención moral» de Ortega, allí donde está «su» nuevo misterio de Velázquez. Nuestro filósofo nunca fué un indiferente a su tiempo, ni se ha conformado con ser cómplice de un mundo obstinado en el error y la mentira. Observador impenitente y agudísimo crítico (toda su obra es una crítica de la vida contemporánea, empezando por la de su patria), Ortega, repetimos, ve y ausculta su España de hoy y, refinadamente, elegantemente, al público reunido para oírle en San Sebastián, le ha dicho en sus cuatro conferencias, cuatro verdades de la realidad actual española. Ya Gregorio Marañón se ha permitido en varias ocasiones, en artículos y discursos, desahogar su estado de espíritu, y otros intelectuales, viejos por conocidos, han manifestado, cautelosamente, su malestar. Únicamente la an-

cianidad que desorganiza el sentido justo de las cosas vejeta hoy en España como podía hacerlo en el planeta Marte, que es lo que ocurre con el insigne dramaturgo Benavente. Si alguien nos replicase que adulteramos monstruosamente la verdad de Ortega sobre la «verdad» de Velázquez, contestaríamos, entre otras cosas que no es comprensible que la prensa falangista haya procurado «apagar» esas conferencias y que apenas se han glosado las brillantes exposiciones del filósofo en breves comentarios. La lección de pintura de Ortega era demasiado «intencionada» y no convenía, parece, su ruidosa divulgación ni aún tratándose del autor de la «España invertebrada». Sobre la realidad española se está construyendo una verdad artificial y científica. A la realidad española se la oculta con esa otra realidad que ofusca y deslumbra a ciertos visitantes y viajeros privilegiados, por la tierra del Cid y de Velázquez. Pero Ortega y Gasset que allí vive y piensa y allí hace acto de contrición, se ha acordado de lo que debió padecer el «pintor de la verdad y prisionero del rey», rindiéndole un nuevo homenaje. Y ha hecho un servicio a la verdadera verdad de España.

Por este camino también rodeamos a Velázquez, en otra perspectiva, a través del reciente libro de Arthur Stanley Riggs. Porque el escritor norteamericano titula así su biografía: «Velázquez, pintor de la verdad y prisionero del rey». Stanley Riggs es un antiguo oficial de la marina de guerra de los Estados Unidos. Quizás como aquel otro marino francés, Pierre Loti, que tuvo la pasión de las letras. Mas, si el autor de «Aziyadé» fué un novelista romántico del Oriente, Stanley Riggs es un historiador romántico del Occidente y particularmente de España. Uno de sus libros, que aparecerá en castellano próximamente en Buenos Aires, se titula «Historia Romántica del Progreso Humano» y otros libros suyos son, en su original inglés: «The Spanish Pageant» y «Tician, the Magnificent», este último una biografía del Ticiano, calurosamente aplaudida por la crítica. La reputación de Riggs, como escritor, se basa en sus publicaciones

sobre arte y arqueología. Ha estudiado a España durante más de la mitad de su vida y a Velázquez desde hace muchos años. Su nuevo volumen excede las trescientas páginas con más de sesenta ilustraciones que reproducen los cuadros más célebres de Velázquez y detalles de los más conocidos. Biografía que, indiscutiblemente, ha de merecer la pronta traducción en lengua castellana por su contribución al arte español y al conocimiento del inmortal retratista de la corte de Felipe IV. Riggs, es primero un historiador e inmediatamente un sensible espíritu emocionado ante los auténticos valores de la cultura hispana. El título de su obra, calificando a Velázquez, es el lema del biógrafo y es una sugerión, lema al que nos hemos referido, citándolo a propósito de Ortega y retribuimos de este modo en parte, la gentileza que él tuvo al escoger un concepto nuestro sobre el pintor expuesto en una pequeña biografía que publicamos en 1945. Si Ortega llega al descubrimiento de un nuevo Velázquez, por la espiral delicada y a veces tenue de sus admirables recursos de fino pensador, Stanley Riggs llega a ese misterio velazqueño por la senda bien trazada y más austera de la evocación histórica.

El biógrafo norteamericano, sin preocupaciones de otra índole, con un conocimiento de causa perfecto, se interna en la intimidad del artista español, describiendo seria y documentadamente la escena de la España decadente de aquel siglo XVII. Confiesa en las primeras páginas de la introducción del libro que su primer contacto con Velázquez fué en 1906, en el Museo del Prado de Madrid, cuando comenzó a recopilar notas y a extenderse en sus pesquisas por Francia, Alemania e Inglaterra. Se convenció que un estudio sobre el artista sevillano requería un hondo análisis de su época para entender su labor y «sus aparentes contradicciones». Y se opone a aquel primer concepto de Velázquez que Ortega mencionó en 1925, el de que el pintor español había pasado a la historia y peor aún, a la arqueología. Riggs exalta al artista en el centro de su ambiente, junto al gusto de las intrigas y rivalidades, mostrando la figura misterio-

sa de aquel hombre, como un duende palaciego, en el que hay un drama en cada episodio aparentemente vulgar de su existencia. Riggs deja al terminar la fecunda invitación para continuar actualizando a Velázquez, como lo ha hecho Ortega, por una extraña coincidencia. En un momento de reverencia impresionante, al evocar la muerte del pintor cuyas cenizas ya ni se sabe ciertamente donde se hallan, Riggs expresa que quizás Velázquez con aquel ligero humor de ironía que desplegó en su vida, de vez en cuando, silenciosamente, agradezca el ser recordado por «aquellos para quienes trabajó más que para él mismo». Riggs nos va señalando en su libro a Velázquez como el legítimo personaje que sentía y pintaba la verdad, esa misma verdad que los propios retratados representaban. Es curioso como en una de las ilustraciones, la que reproduce la efigie de Felipe IV, cuadro del Ermitage de Petrogrado, cuando el soberano lindaba por los cincuenta años, el biógrafo esclarece que la pintura revela claramente la «desintegración real». En efecto, Velázquez fué el pintor de la desintegración de una corte y de una época. El no ser español, supone para este sagaz historiador que es Riggs, una distancia que le ha permitido mejor captar, en el panorama histórico y artístico, con objetividad, la psicología del artista y el íntimo dolor que debió martillearlo constantemente. Para Riggs, la pintura velazqueña es un raudal inagotable de sugestioncs. Lo ha visto con la claridad que lo ha analizado Ortega. En esta curiosa conjunción, el biógrafo norteamericano ha confirmado por la Historia lo que Ortega no ha querido más que insinuar por la crítica. Y así la pintura del eminente Velázquez se nos abre ahora con un nuevo esplendor a nuestra moderna curiosidad.